

# EL GUARDIAN

## IDEAL / o el delincuente universitario

Teodoro Sam Sánchez /

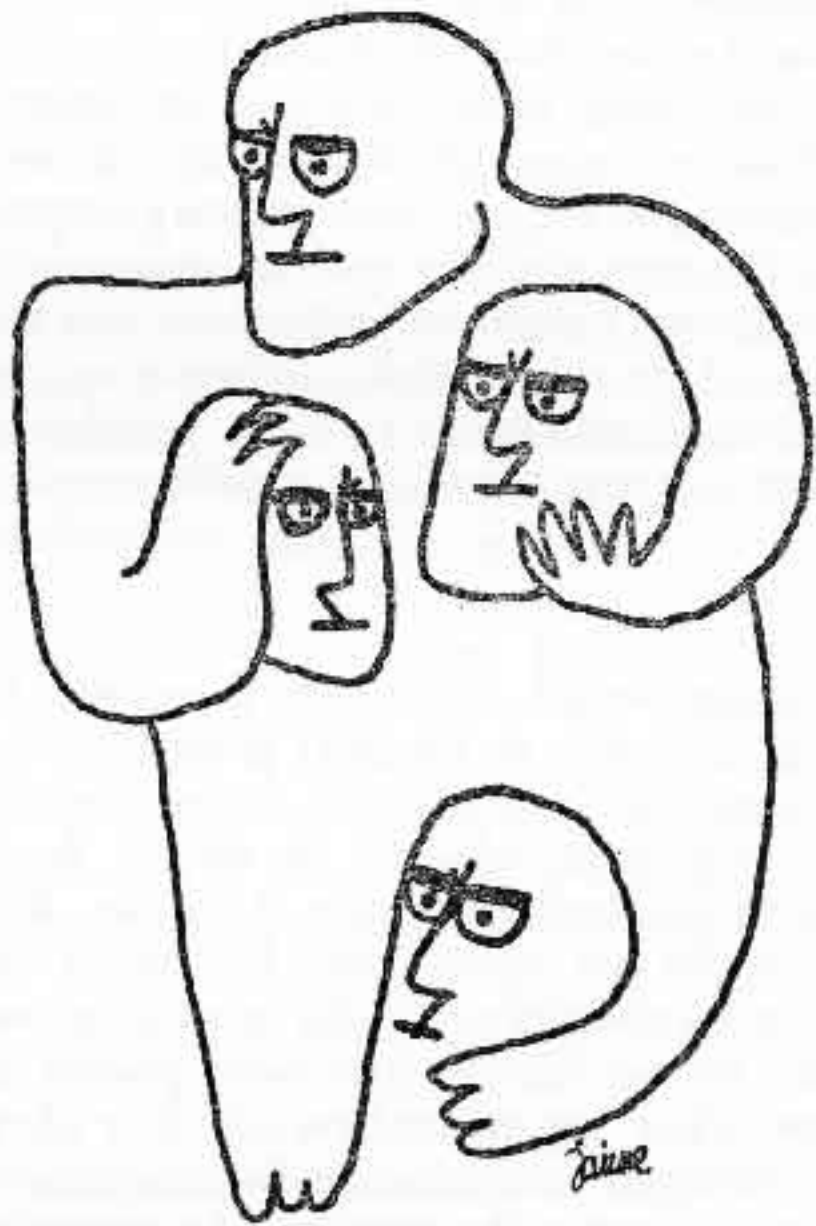
1er. año de Arte Dramático. Facultad de Filosofía y Letras

### I

Después de una semana durante la cual nada se supo del señor Arce; la señora Arce (doña Nati), supuso que su coscolino cónyuge se había empeñado en una nueva aventura amorosa. "A ese hombre nunca se le quitará lo perro", decía doña Nati, haciendo clara alusión a la pasión sexual aún vigente de su marido. Cuando casi para concluirse el mes, el sátiro rabo-verde no asomó "ni siquiera las narices" por aquellos lares, la señora se tuvo por una mujer abandonada más en la gran ciudad; si bien, algo afortunada. Para entender esto último, baste decir que en varias otras ocasiones semejantes su frívolo esposo (¡en el colmo del cinismo!), había esperado en vano que ella al enterarse de sus infidelidades, abandonara la casa (como alguna vez había jurado), para cerrársela (o lo que es lo mismo, ocuparla con "la otra"). Pero ella no era de las que abandonan la plaza y se refugian con la madre; sino que atrincherada, desde su residencia dirigía toda su ofensiva. En un principio en sus objetivos se incluía el preservar "al padre de mis hijos"; pero conforme pasó el tiempo y desapareció el factor sentimental de sus planes, éstos se redujeron a una sola consigna: "si alguien habría de salir de aquella casa, no sería ella (¡eso podían jurarlo!)". Manteniendo pues, la casa en su posesión, y sabiendo que de regresar el marido todo mundo aprobaría que le diera con la puerta en las narices; la señora Arce no se preocupó siquiera por saber de su paradero.

Fue entonces cuando se presentaron las elecciones para diputados, y el señor Arce fue comisionado para formar parte del personal de la casilla de electores de su zona. Así lo hizo saber un delegado en casa de la familia; quien más que comunicar la elección, parecía tener como verdadera misión intimidar al elegido haciendo hincapié en las sanciones legales que recaerían sobre el renuente o incumplido. Esto como ustedes habrán podido apreciar, se designaría en casos del todo distintos como un *estímulo*, pero en el que nos ocupa usaremos el término sólo en su función eufemística. Y que cuando son evidenciados en la forma en que lo hizo aquel señor, que presentó todo un equipo de credenciales, para que no quedara duda de que no era más que eso (una colección completa de identificaciones correctamente selladas), puede considerarse como síntoma inequívoco de la ineficacia de

Dibujos de Jaime Goded





la demagogia y la propaganda política en las masas, quienes han adivinado el juego sin atractivos de su gobierno. La señora, acorralada por la actitud perentoria del delegado, y sin saber exactamente hasta dónde podían limitarse sus prerrogativas, le confió lo que ella suponía el alejamiento definitivo de su marido; desplegando ante él toda la lista de infidelidades anteriores, que eran tantas, que las tan continuas fricciones la habían obligado a buscar sus propios medios de subsistencia, ahora en parte subvencionados por los hijos "ya todos crecidos". El delegado que al momento vio en todo aquello, una magnífica oportunidad de integrar a una buena mujer sometida y sufrida, a las fuerzas votantes de su movimiento, comenzó por instruirla sobre los derechos legales para una mujer de su condición, en un caso como el suyo. Pero era indispensable conocer el paradero del adúltero — finalizó aquel emancipador de mujeres que por edad pudieran ser sus madres, y no otra cosa.

A la señora Arce le sedujo la idea de dar principio a las investigaciones dando parte a las autoridades; inspirada por una idea vengativa que en aquel momento tomó forma en su cabeza: ¿Había medio más eficaz para darle el golpe de gracia a un tenorio entrado en años, que descubrirlo de la manera más procaz y ridícula? El visitante se retiró, asegurando que "vería qué se podía hacer" conforme a las circunstancias del caso. La anfitriona ya tenía para entonces su plan trazado; y lo puso inmediatamente en acción, en parte instigada por el punto de aquella conversación, en que se sugirió el factor siniestro en toda desaparición.

Al iniciarse las investigaciones formales; lo que en un principio se consideró como rutinario y simple, el caso adquirió un nuevo cariz; permítasenos decir, interesante. La desaparición del señor Gustavo Arce no podía atribuirse a ninguna mujer, como sugerían maliciosamente los datos recabados en su domicilio; lo cual podía darse por errado, ya que según sus amigos más cercanos (o compañeros de parrandas), de existir tales mujeres, *eran siempre ocasionales*. Aunque no dejaban de admitir que algunos años atrás el conocido era muy obstinado en sus relaciones amorosas. Había entonces que buscar "por otra parte".

El oficio y habilidades del desaparecido aportaron nuevas pistas a los investigadores. Y el interrogatorio *exhaustivo* dio principio: "¿Desde cuándo ejercía el señor Arce el oficio de tornero?" En forma casual.

"Según tengo entendido era un tornero bastante diestro..." — "¿Aparatos? Exactamente ¿qué tipo de aparatos?" (Había que ser todo lo explícito que fuese posible) — "Eso es muy importante... (anotando) podía hacer prácticamente todo lo que se propusiera, ¡hmm!... Así, después de una avalancha de preguntas ordenadas por una autoridad superior, se supo que el señor Arce sabía soldar —diferentes aplicaciones en este ramo—, lograba excelentes fundiciones caseras; y había realizado moldes para firmas muy diversas — entre ellas una constructora de cajas fuertes.

## II

El señor aquel, de quien dependía todo un cuerpo de investigadores, tomó el caso por su cuenta; presintiendo la gloria que se atribuiría al que lo esclareciera, y seguro de haber dado en el clavo y poder probarse una teoría que germinaba en su mente desde hacía algún tiempo. Digámoslo en pocas palabras, el señor Rubiales Acosta (que tales son sus apellidos) creía poseer en aquel caso las piezas faltantes de un rompecabezas que tenía en movimiento a toda la policía nacional. Se trataba de un robo perpetrado en un banco; que bien podría inspirar una película europea, por lo "científico" de su realización. Era obra, sin lugar a dudas, de delincuentes no del todo comunes. En la imaginación de Rubiales Acosta, sólo podían concebirse gentes de preparación superior al nivel medio, como los ejecutores de una fechoría tan delicada (los que seguramente se valdrían de



gente experta y libre de sospechas). México, país de delincuentes torpes y carentes de imaginación, sólo podían constar en sus archivos policiales, atracos viles por su mediocridad. Pero ¡he aquí! que por fin las autoridades tenían ante sí un acertijo que requería ser aclarado, gran parte en teoría, no quedándoles sino el remedio de valerse irremediablemente de ella. Era factible entonces que el atraco que les ponía en situación tan embarazosa ante la prensa y la opinión pública, no proviniera del mismo tipo de asaltantes con que se lidiaba continuamente. Si además se rechazaba la posibilidad de mano de obra extranjera (todos los asilados de Cuba con sede en Miami fueron investigados); no quedaba más que sospechar de la nacional, con preparación universitaria. ¡Eso era! ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Sólo un universitario poseía las aptitudes necesarias para poner en jaque y en entredicho a las autoridades policíacas.

Una gran idea puede estudiarse, inequívocamente, trazando su esquema de desarrollo; desde el momento que propició su concepción, hasta su total plenitud. Las grandes ideas deben alinearse entre los miles de fenómenos que no pueden darse por generación espontánea. Entre ellas la de Rubiales Acosta. Él, como todo aquel que trata de explicarse un fenómeno social, siendo propenso a aceptar la primera solución elaborada que llegue a sus manos, siempre y cuando ésta no exija de su intelecto más que credulidad y cretinismo; creyó compartir una evidencia notable con la minoría predispuesta al prejuicio que había leído en cierto libro. En el libro en cuestión se "denunciaba" un complot judío internacional para apoderarse de cada una de las naciones de nuestro planeta; un juego tan habilidosamente tramado, tan encubiertamente llevado en sus propósitos, que muy pocos se habían percatado del peligro. En varias ocasiones —las cuales eran citadas en cuidadosa selección, para darle el giro de veracidad que requieren estos textos— "nuestros pueblos" se habían encontrado en el inminente peligro de caer en la trampa, lo que se evitó a tiempo, o al menos se retardó entonces —¡oh ironía!— gracias a un conflicto internacional — como las guerras mundiales. La advertencia del autor —o autores— al mundo en general, consistía en recordarles que a manera de un ave fénix, dicha empresa volvía a surgir de sus cenizas, siguiendo su táctica de infiltrarse en los poderes públicos de cada nación; lo que lograba con tenacidad y la fidelidad de su principal aliado, el correr del tiempo. A manera de lo que sucede con el clero, pongamos por caso, en los años que siguen a una revolución hispanoamericana — parangón al margen del libro en referencia. En México existía algo semejante —ahora penetramos en la mentalidad de Rubiales Acosta— con los universitarios, que se confabulan en todas partes del país, dando dolores de cabeza a su gobierno constitucional. ¿Para quiénes sino para ellos eran las advertencias incluidas a últimas fechas en todo discurso presidencial? Y así más o menos continuaban sus conclusiones, que de seguirse analizando exhaustivamente, nos conducirían a la evidencia de que todos sus razonamientos estaban grandemente influidos por los "cómic" —entiéndase sin ningún sentido peyorativo, que estuviese en descrédito de esta literatura. Teniéndolas por firmemente sustentadas, Rubiales Acosta declaró sus deducciones e intenciones a la prensa. Debió ser más cauto, pues los universitarios, maldispuestos siempre a prestar cualquier colaboración al cuerpo policíaco, protestaron al mismo tiempo que se movilizaban para entorpecer su labor indagativa. Lo que dio motivo para denunciar públicamente tan irrazonable renuencia, atacándola la prensa metropolitana; siempre biendispuesta a ello.

### III

Diablo, se llamaba aquel perrazo encargado de preservar la seguridad en casa de los Arce. Pero a excepción de la sirvienta que lo alimentaba a través de un enrejado, nadie más recordaba su nombre, ya que no se trataba de



un perro falderillo ni como tal se le deseaba. Su misión consistía en despedazar, de serle indispensable, a cualquier desgraciado que intentara traspasar la barda exterior durante la noche. Por su aspecto feroz, capaz de intimidar al más templado, se le consideraba un magnífico guardián. Su dieta, por lo general consistente en carnes diversas, debían ser cocidas, en prevención a cualquier intento de envenenamiento o simple artificio de seducción por parte del transgresor. El aislamiento a que se le tenía confinado, respondía al objetivo de matar en él cualquier sentimiento gregario, ya fuese hacia hombres o cualquier otro animal, aunque fuese de su misma especie. Reunía todos los requisitos exigidos a un can de su especialidad. Claro, los inconvenientes no podían faltar: de soltársele, habían de resguardarse todos los ocupantes desde ese momento en la casa; pues su primer impulso era el destrozar cuanto tratara de interponerse a su paso, bastante precipitado. Lo que de ningún modo incomodaba a sus amos, pues se esperaba de él tal desahogo, noche a noche. Quien lo alimentaba, debía soltarlo por las noches y encadenarlo al alba; otra de las reglas para acrecentar su recelo hacia cualquiera que no fuera aquella única persona designada a su servicio; quien no por ello dejaba de observar cuidadosamente sus propias medidas de seguridad. La criada llegó a constituirse, de hecho por este servicio tan especial, en un ser que merecía todo tipo de consideraciones, poco frecuentes a un sirviente. Se temía que dejara de prestar sus servicios; de acontecer eso, habría sin duda que matar al perro, lo que equivaldría a vivir en zozobra cada ocaso. (“Los diarios ilustran tantos casos en que el ladrón se deshace de sus víctimas, cuando éstas se hallan sumidas en sus sueños más profundos”.)

Siendo Mariana, la servidora del guardián, debió de otorgársele el título de “ama de llaves”, más de acuerdo con su distinción en aquella casa. Esta mujer fue observando día a día con extrañeza, al recoger los sobrantes de la comida de Diablo, que el animal dejaba en ellos huesos de formas variables en ocasiones distintas, y de diferentes longitudes. Si algo entonces le intrigó fue el hecho concreto de no corresponder a ninguna presa puesta por ella en el plato; aunque de ninguna manera el que los dejara completos en su estructura era una de sus peculiaridades. Terminó por considerarlos partes de algún animal muerto en su atrevimiento, tal vez otro perro, lo que de probarse llenaría de júbilo a los señores de la casa, reportándole un nuevo motivo personal de orgullo; por lo que se apresuró a coleccionarlos. Pero difícilmente lograba, a pesar de contar con un número considerable de ellos, darle forma al esqueleto de un perro o de cualquier otro animal probable; que debía serlo de gran tamaño, a juzgar por algunas de las partes. Viendo al fin lo inútil de sus esfuerzos aislados, pensó en recurrir al ingenio de la señora Arce; tal vez mancomunando ideas, podía concluirse de qué se trataba.

La patrona, que en aquellos momentos debía nuevamente de hacerla de anfitriona de los investigadores que asediaban a toda hora su domicilio; le rogó se retirara con “aquello” que la hacía estremecer de pies a cabeza. Pero el detective entró tan intempestivamente en la habitación —como ya era costumbre en él a últimas fechas— que quedó frente a la sirvienta que en aquel momento salía con su osamenta dentro de una cubeta. “¿Y eso?” —preguntó atropelladamente sin haber dirigido un saludo previo. “Huesos”, respondió estúpidamente la interrogada. “Parecen huesos humanos, hasta juraría... ¿me permite?” Pero el desvanecimiento bastante espectacular de la señora Arce le impidió iniciar su examen en ese momento. Aunque se empezaría más adelante con sumo detenimiento.

#### IV

Cuando finalmente todo quedó aclarado, grande fue la desilusión de Rubiales Acosta; “su” caso, el de las trascendentes maquinaciones, quedó redu-

cido a la tan gastada historia del doctor Frankenstein. Que aunque dio lugar a muchos "inspirados" artículos en la prensa amarillista (la misma a la que confiara sus intentos, a un principio), le situó en un lugar aún peor del que guardaba. Pero no cejó en su intento; fruto de su tenacidad es la captura y enjuiciamiento de tres delincuentes condenados a varios años "a la sombra"; los que se ensañaron contra su captor, negando categóricamente —amén de aportar pruebas suficientes— no haber recibido jamás educación universitaria superior; aunque contaban en su haber algunos estudios equivalentes al bachillerato.

## V

Diablo —el perro— también cerrará esta reseña de acontecimientos repitiendo conocida parte de *Blanca Nieves*, o de preferirse de la leyenda sobre Edipo. Condenado a muerte por sus amos, fue encomendado a la sirvienta Mariana, para que como último servicio al perro, lo ejecutara. Pero ella vencida por los requerimientos y el cohecho de unos vecinos, quienes estimaban en lo que valían los servicios de un guardián, considerando hasta lo sucedido finalmente con su dueño como indicio de aprovechamiento en su tan completo aleccionamiento; descaban a toda costa poseer al preciado mastín. Desde entonces Diablo vigila el sueño de nuevos dueños, asistido por la fiel Mariana, ganada por sus nuevos señores para mancharlo; pues como hemos asentado en otro lugar, era la única persona capacitada para ello.

Todo este relato puede parecer absurdo; lo sería, de no corroborarse algunos de sus pasajes con frecuencia, sobre todo en los periódicos vespertinos, y de ser éste un relato de ficción. . .

